

La "religiosidad" es un drama metafísico. Nos coloca en la exigencia permanente de una continua transformación óntica (metanoia) de ser en la carne a ser en el Espíritu. La religiosidad es una ascensión continua por un espacio desconocido. Diría que la religiosidad es la "astronáutica" del espíritu. ¡Un despegue de la tierra, para atracar en el Cielo!

Por más que lo pienso, no puedo imaginarlo de otro modo. No conozco un "valor" cuyo encuentro no produzca en el hombre una tensión. La belleza, la verdad, la bondad, plasman siempre esta tensión del espíritu que vemos fluir en inquietud hecha ansia, en forja de una dramática biografía del artista, del sabio. ¡¡Y Dios es mucho más que la belleza, la verdad y la bondad, porque es el ser mismo y único de toda belleza, verdad y bondad!!

El contacto con Dios tiene que ser único, trascendente, y su experiencia ha de dejar en el hombre su tremenda carga de lo inefable, de lo grandioso. No puedo pensarlo de otro modo; por eso no puedo concebir la "religiosidad" de otra manera. Tiene que ser la vivencia de un fenómeno único, inimaginable, inconcebible: El fenómeno de la presencia de Dios. Es, en la medida en que podemos expresarlo con palabras, una "teofanía" personal, interior.

Sin embargo, todavía comprendo que no ha sido dicho todo. En realidad si cualquier vivencia es difícil de manifestar, ésta, única, es imposible. Las palabras sólo pueden servir de punto de partida para una intuición personal, intransferible e incomunicable. "Teofanía interior, inefable e incomunicable". Esto es la religiosidad.

El drama religioso personal constituye una aventura inconcebible desde fuera. La religiosidad es la más sorprendente aventura en que el espíritu del hombre se puede encontrar.

La vida en la que se inserta Dios toma el rumbo -ya lo dijimos- por un espacio nuevo, desconocido, en ascensión continua. "El viento sopla y no se sabe de dónde viene, ni a dónde lleva. Y así todo nacido de Dios". Es poner rumbo a lo desconocido; dejarse arrastrar hacia arriba por un Soplo de El que lo ignoramos todo. Esto es la Fe; pero en este caso, una Fe vivencial.

Cada verdad que le propone la religión no es un término de descanso, sino el principio de un misterio insondable. Una iniciación que lo seduce -"tú me has seducido", dirá el profeta-, y arrastra dentro de sí, del misterio, y hace que su caminar sea un caminar en el misterio.

Y así también es cómo la Fe se constituye en Fundamento y principio de la Esperanza; porque la seguridad de la Fe no es la seguridad de quien ha llegado, sino del caminante a través del misterio, que espera.

Este caminar es un "éxodo" desde la seguridad de la tierra de Egipto, en la

servidumbre, hasta la tierra prometida que "mana leche y miel" de la libertad. Pero, nótese, es un caminar no solo por el desierto, sino aún más arriesgado, porque lo es en la prueba, y el hombre se reconoce demasiado débil para superarla. Bien pronto conoce que no será suficientemente puro, y que la generación que salió de Egipto no entrará en la tierra prometida.

El desierto es largo, la noche oscura, y vivir en el espíritu trae a veces nostalgias de la carne, y Dios ha de apiadarse, haciendo llover las codornices. Esto calibra la dura briega, la fatiga de la aventura. Quizá sea preciso haber pasado por este trance para entenderlo en su angustiosa grandeza cuando el mismo Dios se apiada del hombre.

"El viento sopla y no se sabe dónde lleva". Pero para ser llevado hace falta pesar poco, no tener arraigo en la tierra, carecer de anclas de fijación. Hace falta desasirse, desarraigarse.

Los hombres discutirán estos conceptos. Podrán teorizarlos, distinguirlos. El hombre religioso sabe que son mucho más que "conceptos", que son realidades y la realidad se vive. No sé dónde leí que estas cosas son un secreto, pero que el Espíritu lo revela a quien quiere vivirlo. Creo que es cierto.

Por esto Jesús no trató de hacer entender el cáliz del sacrificio a sus discípulos. Cuando Santiago y Juan le afirmaron que serían capaces de beber el cáliz, Él les dijo: "No sabéis lo que decís, pero beberlo sí que lo beberéis".

Pero el hombre es frágil y en la prueba del desierto, cuando todo está en riesgo, se acuerda a veces de la seguridad en la tierra abandonada de Egipto. Es cierto que era una seguridad a precio de servidumbre, pero a la carne no le estorba demasiado la servidumbre, porque al fin y al cabo ella está hecha para servir, para ser segundona. Son momentos difíciles, en que la aventura parece que llega a su punto culminante, pronta a quebrarse. Sin embargo, resultan ser los momentos esperanzados, cuando en la debilidad se descubre una fuerza nueva, inquebrantable. Es la Esperanza que surge como el Ave Fénix de sus propias cenizas.

Se descubrirá el hombre fabricante de dioses nuevos, sensibles, consoladores, y tendrá que destruirlos. Que destruir todos los consuelos.

Le parecerán a veces consuelos puros, y son de oro, pero por ser palpables, creados, no son su único Dios verdadero, al cual ya solamente puede adorar "en espíritu y en verdad".

Tendrá que renunciar. Renunciar paso a paso a todo. Ir tirando fuera del corazón todo cuanto satisfizo al corazón. Todo lo que en el corazón de la persona de la esperanza, de lo trascendente, estaban formadas las puestas encima. Todo esto parecerá inhumano a los hombres prácticos. A los razonables. ¡Y es cierto! Pero en otro sentido al que ellos piensan: ¡En un sentido grandioso!

La "religiosidad" es un drama metafísico. Nos coloca en la exigencia permanente de una continua transformación óntica (metanoia) de ser en la carne a ser en el Espíritu. La religiosidad es una ascensión continua por un espacio desconocido. Diría que la religiosidad es la "astronáutica" del espíritu. ¡Un despegue de la tierra, para atracar en el Cielo!

Por más que lo pienso, no puedo imaginarlo de otro modo. No conozco un "valor" cuyo encuentro no produzca en el hombre una tensión. La belleza, la verdad, la bondad, plasman siempre esta tensión del espíritu que vemos fluir en inquietud hecha ansia, en forja de una dramática biografía del artista, del sabio. ¡¡Y Dios es mucho más que la belleza, la verdad y la bondad, porque es el ser mismo y único de toda belleza, verdad y bondad!!

El contacto con Dios tiene que ser único, trascendente, y su experiencia ha de dejar en el hombre su tremenda carga de lo inefable, de lo grandioso. No puedo pensarlo de otro modo; por eso no puedo concebir la "religiosidad" de otra manera. Tiene que ser la vivencia de un fenómeno único, inimaginable, inconcebible: El fenómeno de la presencia de Dios. Es, en la medida en que podemos expresarlo con palabras, una "teofanía" personal, interior.

Sin embargo, todavía comprendo que no ha sido dicho todo. En realidad si cualquier vivencia es difícil de manifestar, ésta, única, es imposible. Las palabras sólo pueden servir de punto de partida para una intuición personal, intransferible e incomunicable. "Teofanía interior, inefable e incomunicable". Esto es la religiosidad.

El drama religioso personal constituye una aventura inconcebible desde fuera. La religiosidad es la más sorprendente aventura en que el espíritu del hombre se puede encontrar.

La vida en la que se inserta Dios toma el rumbo -ya lo dijimos- por un espacio nuevo, desconocido, en ascensión continua. "El viento sopla y no se sabe de dónde viene, ni a dónde lleva. Y así todo nacido de Dios". Es poner rumbo a lo desconocido; dejarse arrastrar hacia arriba por un Soplo de El que lo ignoramos todo. Esto es la Fe; pero en este caso, una Fe vivencial.

Cada verdad que le propone la religión no es un término de descanso, sino el principio de un misterio insondable. Una iniciación que lo seduce -"tú me has seducido", dirá el profeta-, y arrastra dentro de sí, del misterio, y hace que su caminar sea un caminar en el misterio.

Y así también es cómo la Fe se constituye en Fundamento y principio de la Esperanza; porque la seguridad de la Fe no es la seguridad de quien ha llegado, sino del caminante a través del misterio, que espera.

Este caminar es un "éxodo" desde la seguridad de la tierra de Egipto, en la

servidumbre, hasta la tierra prometida que "mana leche y miel" de la libertad. Pero, nótese, es un caminar no solo por el desierto, sino aún más arriesgado, porque lo es en la prueba, y el hombre se reconoce demasiado débil para superarla. Bien pronto conoce que no será suficientemente puro, y que la generación que salió de Egipto no entrará en la tierra prometida.

El desierto es largo, la noche oscura, y vivir en el espíritu trae a veces nostalgias de la carne, y Dios ha de apiadarse, haciendo llover las codornices. Esto calibra la dura briega, la fatiga de la aventura. Quizá sea preciso haber pasado por este trance para entenderlo en su angustiosa grandeza cuando el mismo Dios se apiada del hombre.

"El viento sopla y no se sabe dónde lleva". Pero para ser llevado hace falta pesar poco, no tener arraigo en la tierra, carecer de anclas de fijación. Hace falta desasirse, desarraigarse.

Los hombres discutirán estos conceptos. Podrán teorizarlos, distinguirlos. El hombre religioso sabe que son mucho más que "conceptos", que son realidades y la realidad se vive. No sé dónde leí que estas cosas son un secreto, pero que el Espíritu lo revela a quien quiere vivirlo. Creo que es cierto.

Por esto Jesús no trató de hacer entender el cáliz del sacrificio a sus discípulos. Cuando Santiago y Juan le afirmaron que serían capaces de beber el cáliz, Él les dijo: "No sabéis lo que decís, pero beberlo sí que lo beberéis".

Pero el hombre es frágil y en la prueba del desierto, cuando todo está en riesgo, se acuerda a veces de la seguridad en la tierra abandonada de Egipto. Es cierto que era una seguridad a precio de servidumbre, pero a la carne no le estorba demasiado la servidumbre, porque al fin y al cabo ella está hecha para servir, para ser segundona. Son momentos difíciles, en que la aventura parece que llega a su punto culminante, pronta a quebrarse. Sin embargo, resultan ser los momentos esperanzados, cuando en la debilidad se descubre una fuerza nueva, inquebrantable. Es la Esperanza que surge como el Ave Fénix de sus propias cenizas.

Se descubrirá el hombre fabricante de dioses nuevos, sensibles, consoladores, y tendrá que destruirlos. Que destruir todos los consuelos.

Le parecerán a veces consuelos puros, y son de oro, pero por ser palpables, creados, no son su único Dios verdadero, al cual ya solamente puede adorar "en espíritu y en verdad".

Tendrá que renunciar. Renunciar paso a paso a todo. Ir tirando fuera del corazón todo cuanto satisfizo al corazón.

Todo esto parecerá inhumano a los hombres prácticos. A los razonables. ¡Y es cierto! Pero en otro sentido al que ellos piensan: ¡En un sentido grandioso!

Es la noche oscura de la Fe, estremecida de esperanza. Es el Camino por el desierto; es el abandono al Soplo que no se sabe a dónde lleva. Es ... la aventura mística de "todo nacido de Dios".

Cayetano Hernández.

Abogado; del I.E.M.

